Año VIII — Barcelona 12 de Julio de 1911 — Epoca 4.ª—Número 71

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

LA REVOLUCION

La idea del ternario sagrado: Libertad, Igualdad, Fraternidad, se perdió pronto en los campos arrasados y en las ciudades tomadas por asalto.

Juzgamos utilísimas las siguientes consideraciones, y oportunas además para aplicarlas á la fecha del 14 de julio. Con ellas tienen base nuestros lectores, cuando les llegue el eco de los discursos, de los brindis, de las músicas y de las aclamaciones con que la burguesía triunfante y el proletariado que espera el mesías redentor celebra la fiesta republicana, para reflexionar sobre la esencia y el ideal de la Revolución.

El conjunto de los acontecimientos que ocurrieron en Francia al final del siglo XVIII y que recibió por antonomasia el nombre de «Revolución francesa», no podía elevar á plena realización más que las ideas completamente maduras. El ideal no se convierte en obras sino después de haberse hecho consciente, después de haber sido ardientemente querido, preparado, comprado por el sacrificio de numerosas víctimas voluntarias. Esto sentado, en ese mundo de sentimientos, de pensamientos y de imaginaciones que se agitó durante el siglo de la Enciclopedia, ¿cuál fué la dominante que se desprendió y tomó un carácter imperioso sin dejar subsistente la menor duda? Esta idea dominante está resumida en el famoso folleto de Sieyes *El Tercer Estado*, el «tercero», es decir, la burguesía, que es todo y, sin embargo, era considerada como nada. Hasta por definición, el Tercer Estado debía ser, aparte de la nobleza y del clero, el conjunto de la nación, lo mismo el pueblo de los campesinos y de los obreros, que las gentes instruídas ó ricas que sólo difieren de los nobles por la falta de un árbol genealógico en sus archivos de familia. Pero los que reivindicaron sus derechos de hombres, los que se llamaron con insistencia los iguales de los nobles y de los curas, fueron los burgueses propiamente dichos, los que constituyen la clase de los propietarios, de los jefes de industria y de los letrados.

No hay duda que la lamentable población de los pobres, los campesinos esquilmados por el impuesto y la gabela, los viejos que se arrastraban inclinados sobre el surco, los infelices demacrados en quienes el polvo mezclado con el sudor formaba concha, y que en tiempo de escasez comían pan de cortezas de árboles, todos esos míseros y hambrientos hubieran deseado que cambiara su situación si de ello hubieran tenido la menor esperanza; mas para ellos, como para el mujik ruso, «¡el cielo estaba demasiado alto!» El ideal del siglo XVIII que realizó la Revolución francesa está bien caracterizado por *Les Brigands*, de Schiller, drama representado por primera vez en 1782. Aquellos «bandidos» son burgueses enamorados de la justicia que enderezan los entuertos de los señores, del juez, del propietario; pero entre aquellos rebeldes sublevados por la iniquidad del siglo, no hay un solo obrero ni un campesino: Schiller no se había dado cuenta de que aquellos eran también, como los burgueses y los hijos de burgués, seres odiosamente explotados: si se quejaban, nadie oía sus quejas.

De ese modo, la emancipación política de la parte del Tercer Estado que constituía la burguesía, ya querida, reivindicada por la gran mayoría de los interesados, era inevitable: á este respecto, la revolución no tenía más que confirmar lo que la evolución de las inteligencias y de los intereses había realizado de una manera definitiva. ¿Pero eran republicanos aquellos burgueses que querían el reconocimiento de sus derechos adquiridos, y había de coincidir su triunfo con el de una forma política igualitaria? De ningún modo. Así como las colonias americanas, desprendiéndose de Inglaterra, se creían todavía fieles, leales y manifestaban con perfecta sinceridad su adhesión á la madre patria, así también Francia, al lanzarse á la gran aventura de rebeldía que había de terminar por la muerte violenta de los soberanos y la proclamación de la República, era con toda franqueza y entusiasmo completamente realista. La multitud no comprendía la existencia de una sociedad que no fuese gobernada por un rey, por un amo «bondadoso» ó «grande». Aparte de una minoría compuesta en su mayor parte de pensadores pertenecientes á la nobleza y á la alta burguesía, es decir, á las clases que disponían de tiempo suficiente y que podían darse cuenta personalmente de los actos y de la conducta de la corte, la masa de la nación no pedía más que precipitarse servilmente para llorar de emoción al paso de un rey. Durante los años más agitados que precedieron al «Ochenta y nueve», los hombres que después se distinguieron por el ardor con que combatieron los actos de la monarquía y que votaron sin vacilar la muerte de «Luis Capeto», tuvieron indudablemente por primer ideal un reino de grados jerárquicos, donde toda ley y toda gracia hubiera manado de un trono como de una fuente natural. Fué necesario que la impía lógica de los acontecimientos les impulsara y les forzara á hacerse republicanos. El cadalso levantado para el rey y la reina fué un accidente, el efecto de una desavenencia momentánea entre los autores principales del drama político, y cuando la historia adquirió su curso normal, produjo naturalmente la restauración de la monarquía.

Los hombres se despojan muy lentamente de sus preocupaciones hereditarias, y más de un siglo después de la Revolución —con este nombre llamada como si hubiera derribado todo—se observa ampliamente en Francia que el antiguo fondo monárquico subsiste todavía; la mayor parte de los supuestos ciudadanos no tienen la audacia de serlo: pidenamos que piensen y obren por ellos. Si el antiguo reino no se ha reconstituído, débese á que los candidatos de la dominación, comprendiendo en su número los tribunos del pueblo, son numerosos y se hacen guerra mutuamente. Y si se ha conservado la marca de la monarquía, otro tanto sucede con la de la Iglesia. Francia ha permanecido católica lo mismo que monárquica, y si bien no acepta ya los dogmas, continúa prendada de la autoridad, acata los actos de fuerza y acepta las opiniones hechas que le ofrecen los «pastores de los pueblos». Acerca de este punto la nación no cambia, ó, por mejor decir, se modifica muy lentamente por el desplazamiento del centro de gravedad de las altas clases hacia la clase media, de la nobleza y del clero hacia la burguesía, cada vez más numerosa y consciente de su inteligencia y de su fuerza.

ELISEO RECLUS

(De *El Hombre y la Tierra*).

Sursum corda

Como digue opuesto á la palabrería con que cierta prensa liberal ha celebrado la supuesta grandiosidad de la procesión eucarística de Madrid, de 29 de junio, reproducimos el siguiente empolvado artículo:

Mortificado un día por las dudas, vacilaciones y distingos con que los hombres de carrera, ó si se quiere de ciencia, miran siempre á lo porvenir, agravado todo ello con la consideración del prestigio que les da la posición encumbrada, su soberbia y la fama de su saber comparado con mi pequeñez de obrero, tuve el consuelo de hallar la opinión de Reclus, á quien unos respetan como sabio y otros odian como anarquista, afirmando que la lucha por la existencia, que los ilusos pesimistas quieren que sea ley universal y fundamental de la vida, no pasa de accidente transitorio, y, por tanto, es inferior en sumo grado á la ayuda mutua, auxiliar tan poderoso del progreso como la ciencia misma, y promesa cierta de justificación y felicidad para la sociedad.

Ocurrió por entonces, que por accidente de mi oficio me vino á las manos una prueba tipográfica que contenía estos pensamientos de Ramón y Cajal:

«Se dan partes orgánicas cuyas actividades, con ser rigurosamente físico-químicas, resultan por ahora irreducibles á los principios de la Mecánica, porque en ella el organismo utiliza resortes que la Ciencia actual desconoce..... La Ciencia podrá un día desentrañar las leyes generales de la materia, dentro de las cuales, y como caso particular de las mismas, se encerrará quizás el extraordinario fenómeno de la vida y del pensamiento.»

Las afirmaciones son categóricas: *por ahora* la ciencia actual *desconoce*, pero la de lo porvenir *podrá desentrañar*—mejor dicho estaría *desentrañará*, y eso es indudablemente lo que el autor quiso decir,—¿qué? lo absoluto, el supuesto secreto divino, aquello que místicos y materialistas habían declarado inaccesible á la inteligencia humana, que esto es lo que significan estas valientes y atrevidísimas palabras: *desentrañar las leyes generales de la materia*.

Contento con tan hermoso hallazgo, que estimé en mucho, porque da sanción científica á mi más querido ideal, lo guardé entre mis notas, pensando utilizarlo en ocasión oportuna, y ésta llegó cuando las eminencias médicas de todo el mundo reunidas en París proclamaron al modesto baturro Ramón y Cajal como el primero entre los sabios.

Mi alegría subió de punto con esta consideración: que Reclus lance una afirmación revolucionaria, fundándose en que la ciencia patentiza la bondad esencial de la naturaleza condensada en último término en los sentimientos humanos, siempre resultará una trascendentalísima verdad que, aunque garantida por la fama universal de su sabiduría, puede ser debilitada por la preocupación de los que pudieran creer que en Reclus lo sectario se sobrepone á lo científico; pero Ramón y Cajal está exento de tales sospechas, es científico á secas, y no se ha manifestado jamás en pro de ninguna escuela filosófica, política ó económica; hasta, según he leído en una publicación médico-sacristanesca de Barcelona, es católico de misa dominguera y comunión por Pascua florida.

Sin meterme, por desconocimiento y absoluta incompetencia, en lo que ha constituído el mérito especial y concreto por el que se ha otorgado á Ramón y Cajal la distinción honrosísima de que ha sido objeto en París, siempre resulta que el sabio español, á pesar de su catolicismo rutinario, tiene, tenía ya y por ninguno de sus colegas podía ser desconocida, una significación herética, como herético es todo lo que no sea acatar incondicionalmente los siete días del Génesis, y el hombre barro y la mujer costilla del hombre, construídos en los talleres del Paraíso terrenal.

En prueba de ello, compárense las trascritas afirmaciones que contienen el propósito científico de desentrañar las leyes generales de la materia, con esta única y suficiente que tengo á mano, debida á un teólogo acreditado, que disfruta una alta dignidad eclesiástica y dice, de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia católica:

«Nunca el Universo nos descubrirá la razón de su existencia y el fin de sus destinos, y siempre el orden natural será para la Ciencia un enigma indescifrable, y, por lo tanto, contingente y transitorio el tesoro de nuestros conocimientos.»

Ahí los tenéis: el científico, fundado en el ilimitado poder de la inteligencia, afirma con nobleza: el teólogo, en nombre del interés de su Iglesia, niega con brutal terquedad, olvidando que esa misma Iglesia, hubo de aceptar á la fuerza las teorías de Colón, á quien trató de loco la Junta de Salamanca, é inclinó la cabeza ante las enseñanzas de Galileo, á quien quiso quemar la Inquisición de Florencia.

Entre la ciencia, conocimiento adquirido, que no pierde terreno jamás, y la religión, invención genesiaca llamada revelación, que retrocede ante cada descubrimiento, viéndose obligada la Iglesia á aceptar hoy lo que anatematizó ayer, se interpone una secuela de vividores sin conciencia, fe ni saber, que predican la armonía entre la religión y la ciencia, y proponen una especie de abrazo de Vergara, que les permita prolongar indefinidamente el privilegio, aprovechar las ventajas del poder, continuar la ignorancia de los asalariados y hacer las indispensables concesiones al saber para ir tirando y chupar la breva.

Cuando se ven estas cosas y se considera á los reaccionarios clericales dominando sobre la ruina de los caracteres como buitres que se ceban con los despojos de un campo de batalla, anima y consuela ver que un concurso de centenares de médicos de todo el mundo aclamen con entusiasmo al insigne descubridor de la *neurona*, que al fin y al cabo es un Adán que come el fruto del árbol prohibido y le ofrece en testimonio de fraternidad á todo el género humano, sin importarles tres cominos los anatemas de la ignorancia que, en nombre del Padre Eterno, le amenazan con la expulsión del Paraíso.

¿Qué valen ante esas cosas el hisopo clerical, la arbitrariedad de los gobernantes, la crueldad de los soldadotes, la soberbia de los capitalistas, la ingeniosa malicia de los periodistas, la pedantería de los superhombres y toda esa turba multa de calabazas que reniegan de la verdad y se burlan de la justicia? Obreros de la iniquidad, su labor es efímera y perecedera; en tanto que, citando á bulto, Luis Vives, Gutemberg, Newton, Leibnitz, Franklin, Ampere, Volta, Darwin, Edisson, Pasteur, Roéntgen, Ramón y Cajal y tantos otros son como creadores de mundos que la humanidad ofrece á la idea suprema, á la sublime aspiración del bien.

Que mis compañeros de trabajo y penalidades lo tengan entendido: *Sursum corda* ¡Elevad los corazones!

ANSELMO LORENZO

Para el primer tema del Concurso

Cómo entiendo el comunismo

Que la vida en comunismo ó la sociedad ó humanidad comunista es posible, es cosa que no duda todo anarquista, puesto que dudarlo ó no creerlo posible sería igual á no poseer de tal ideal más que el nombre, pero lo que muchos anarquistas no sabemos ó no acertamos á explicar, es como se puede ó se debe organizar el comunismo; por tanto, yo creo muy acertada la idea de los camaradas de Gatún, al organizar un concurso, á fin de que los camaradas que tengan algunas nociones ó vislumbren cómo es posible la vida en comunismo, aporten sus conocimientos. Que ninguno logre explicarlo de forma que lleve el convencimiento á los que nos creen unos visionarios será lamentable, porque con ello haremos bueno el calificativo de soñadores que la masa de dormidos ó atrofiados, injustamente nos adjudican, y digo injustamente, porque acertemos ó no acertemos á explicar de una manera clara la posibilidad de ese régimen, que él es posible, es cosa que los anarquistas no dudamos, y que los acontecimientos ó el tiempo harán una realidad, más ó menos lejana.

Yo, al aportar mi grano de arena, al explicar cómo creo posible el comunismo, lo hago ciñéndome á la actualidad, á la humanidad de hoy, la cual entiendo puede vivir en comunismo á pesar de los convencionalismo que padece, á pesar de su imperfección. Hablar de comunismo en lo que atañe á la humanidad del porvenir, lo creo innecesario ó superfluo, puesto que si creemos en la evolución de la especie humana, es lógico que la humanidad futura sea perfecta, y por tanto, perfecto cuanto la rodee, cuanto de esa humanidad sea obra; así que yo entiendo, que lo que debo ó debemos demostrar, es cómo el comunismo es posible de practicar con una humanidad como esta de que formamos parte, con una humanidad de humanos imperfectos, y no sólo cómo se puede practicar, sino, y en primer término, cómo se puede llegar á él.

Si por un hecho de esos que llevan la indignación á todos ó casi todos los pechos, el pueblo se rebela y logra derrumbar cuantos obstáculos por la fuerza se oponen á la voluntad ó gustos del hombre, el lugar ó nación en que esto ocurra quedará á merced de quien ha dado al traste con cuanto á sus aspiraciones se oponía, por lo cual, ese día nos hallaremos con que no hay otra soberanía que la del pueblo y á él toca elegir la línea ó derrotero que ha de seguir.

¿Qué rumbos tomará el pueblo de hoy si ese día llega? El pueblo de hoy soy en creer que por sí no tomará otros que los del pillaje. Nacido y criado en un ambiente de vicios y latrocinios, su inclinación no es otra; es mucha la fuerza del ambiente y hasta hoy no se ha podido purificar, ni hacer comprender al pueblo que la felicidad no se labra con apoderarse de este ó el otro objeto, aunque ese objeto tenga dentro del régimen capitalista un crecido valor.

Pero supongamos que el día que me ocupa, el pueblo no guía sus instintos hacia el pillaje, pero se mantiene en estado pasivo; el que ha tenido el gesto sublime de acabar con cuanto le vejaba, se asusta de su obra; en su ignorancia no llega á comprender ó no halla la posibilidad de inaugurar un mundo nuevo, y por tanto, sus energías gastadas en la justísima obra, de nada le sirven, puesto que no las aprovecha.

No sé si serán absurdas mis suposiciones, que ojalá lo fueran, pero en mi mente las concibo como reales. Soy en creer que si hoy triunfara la revolución, sueño nuestro, el pueblo, en su casi totalidad, se había de colocar en una situación de las indicadas, ó unas masas en una y otras masas en otra; pero en ningún caso sabría ó sabrá tomar la vereda que lo lleve al bienestar.

Y si esto llega á suceder ¿qué será lo que el pueblo logre en su provecho de la revolución?

Pues nada absolutamente. Pasadas las horas de la revuelta, y colocado en las situaciones antedichas, los parásitos, que por la avalancha popular se vieron precisados á dejar las riendas del Estado, ó los políticos de este ó el otro color, aparecerán ofreciéndose á hacer de redentores, á normalizar la situación, y el pueblo inocente que no se da cuenta de lo que ha realizado, cae de nuevo en las garras de los que se libró por un momento, ó de los que le volverán á someter al mismo régimen, causa de su malestar, y contra el cual un día se rebeló.

Esto es lo que ha ocurrido en todas las revoluciones de que la Historia nos habla, y aunque la Historia mienta, aun suponiendo que el pueblo jamás fué soberano, ni por unos momentos, basta fijarse en la apatía, en la resignación, y más que nada en la falta de una iniciativa en las masas, las cuales á pesar de presenciar tantísimas injusticias no han pasado de la categoría de «masas», para comprender que si hoy por cualquier causa el pueblo se rebelara y fuera un hecho el triunfo de él, la revolución no sería fructífera sin una guía, sin una minoría de hombres de sanísimas tendencias, ó de tendencias francamente anarquistas.

Este es el deber que los anarquistas tienen, si en el estado presente un pueblo limpiara el camino de cuantos obstáculos le impiden vivir una vida de completa libertad; este es nuestro deber si no queremos que nuevos negociantes sometan de nuevo al pueblo al régimen de que pugna por salir aunque no acierte cómo, y esto sólo consiste en decir al pueblo: *por aquí*. Así puede realizarlo una minoría de anarquistas que se encargue en los días del movimiento de dirigir al pueblo á que destruya moneda, registros de propiedad, códigos, armas, incluso y en último término, hasta las que empleó el pueblo para hacer la revolución, todo, en fin, cuanto pueda ser base para formar nuevos poderes, todo cuanto al volver la tranquilidad pueda ser aprovechado por los derruidos ó por los que tengan interés por constituir un nuevo Estado de privilegios, y á respetar Ciencia, Arte y todo cuanto sea de utilidad ó aprovechable, así como á todo ser humano, siempre que estos respetos no sean causa del fracaso de la revolución. Esto es deber de esa minoría, que acaso alguno tache de autoritarismo, pero que es indispensable tratándose de la humanidad actual, que sin un faro que la marque el camino no implantará el comunismo ó la igualdad. Este autoritarismo ó estas guías, hoy por hoy son una necesidad, si de una revolución queremos hacer algo práctico los anarquistas. Si por escrúpulos permanecemos en estado de espectadores, de nuestra pasividad y la del pueblo se aprovecharán los logreros que gustan de pescar á río revuelto en beneficio propio; por tanto, si esa minoría llega á existir, el día que un pueblo por un acto de violencia llegue á ser dueño de lo que en justicia le pertenece, esa minoría debe servir de guía, sin temor á los calificativos que por el momento se la pudieran adjudicar, pues si la convicción anarquista es la que la inspira, el tiempo, en un plazo corto, se encargará de demostrar lo injusto de las suspicacias. Así puede nacer el comunismo, que en sus albores ó comienzos puede correr peligro ó padecer imperfecciones, pero cada día se afirmará con más solidez y firmeza.

Explicado, á mi modo de ver, como se puede con los hombres ó con la humanidad de hoy llegar al comunismo, explicaré, como mejor pueda, la manera de vivir con ese régimen; esto es, como se puede organizar.

Realizada la revolución social, y habiendo el pueblo derrocado todo lo que representaba autoridad y privilegio, nos hallamos con que la propiedad individual no existe; el pueblo, al librarse del Estado y hacer que desaparezca la moneda, ha dejado cesantes á burgueses y autoridades; con sólo eso, se ha visto libre de la fuerza amparadora de todos los privilegios y ha expropiado á los poseedores de la riqueza y, por tanto, cuanto existe es de todos, sólo se necesita organizar el trabajo de forma que en la producción no se dejen sentir los efectos del cambio de régimen en sentido desfavorable al nuevo, sino que por el contrario, aprovechando la fuerza del trabajo que en el viejo se gasta inútilmente, el nuevo resulte con una producción exuberante en todo, cosa muy lógica ó natural si se organiza medianamente nada más.

Lo primero que los implantadores del comunismo deben organizar es el medio ó forma de, con regularidad y orden, servir al pueblo de lo necesario, para lo cual por el momento serán de utilidad los dependientes de todo comercio, que no se opondrán á servir al pueblo cual lo sirven á las órdenes de los actuales burgueses. Sólo se debe hacer uso de los numerosos comercios actuales hasta que la distribución se organice de manera que ocupe los menos brazos posibles, teniendo en cuenta la comodidad de todos, distribuidores y productores.

Después de haber asegurado el pan al pueblo, toca organizar el trabajo con arreglo á las necesidades y al consumo; para este objeto se deben crear grupos de cada oficio, cuyo número de brazos esté en relación con lo que cada grupo necesita producir; estos grupos pueden aumentar ó disminuir de número, según las necesidades que se aprecien con la práctica, por ejemplo: para producir ó para fabricar las telas que el pueblo necesita, se precisan 100 hombres; para producir los cereales 1000; para construir las máquinas 200; para distribuir la producción 500; pues ese número se debe emplear aproximadamente, á fin de que todo resulte lo más perfecto posible y no haya lugar á perturbaciones, que seguramente se originarían si al pueblo le sobrasen telas y le faltasen comestibles.

Todos los productos deben ir á los almacenes ó cooperativas, que el pueblo debe tener establecidas, como antes digo, en número nada más que necesario para servir y surtirse cómodamente. Estos almacenes deben estar en relación constante con todos los del territorio en que se halle establecido el comunismo, á fin de que los géneros y artículos que sobren á unos se envíen á donde sean necesarios. Si á un almacén de Valencia le sobran arroces y le faltan telas, y á uno de Barcelona le sobran telas y le faltan arroces, pues el de Valencia remite arroces á Barcelona, y el de Barcelona telas á Valencia. Si al almacén del pueblo X le sobran granos y le faltan útiles de labranza, pues manda los granos á donde sean necesarios, y de donde sobren máquinas ó herramientas las recibirá. Que una región ó un pueblo son víctimas de una desgracia y la producción no basta para cubrir sus necesidades, y por tanto nada puede ofrecer, puesto que no le alcanza para sí, sino que por el contrario, necesita; en este caso recibirá cuanto necesite de los almacenes donde sobren productos.

Así debe practicar el comunismo la solidaridad con todo humano que lo necesite, sin reparar si ha producido ó no. Lo mismo debe hacerse con todo aquel que por estar inútil para todo trabajo no pueda producir nada, sin que por esto estos semejantes, tengan que agradecer nada á este ó al otro; este es un deber que la sociedad tiene, no una caridad que ejecuta. Todo esto es practicable sin escaseces de ningún género en un régimen comunista, en el que las fuerzas humanas sean aprovechadas en cosas prácticas ó útiles, á las que con buen sentido las aplicarán todos los hombres y mujeres.

Pudiera darse el caso, al nacer el comunismo, de alguno que gastara sus fuerzas en cosas inútiles ó perjudiciales, pero eso sólo podía ocurrir, como antes digo, al nacer el régimen; luego la misma corriente, el ejemplo de los demás, la falta de trato que á quien así obrara negarían sus semejantes, serían más que suficiente para que ese ó esos hombres comprendieran su error y, arrepentidos, emplearan sus energías donde fueran necesarias.

Los trabajos penosos dejarán de serlo tan pronto como al hombre ó mujer no haya quien los exija que hagan tanta ó cuanta cantidad; harán lo que sus energías físicas les permitan hacer sin esfuerzo, puesto que con el aprovechamiento de las fuerzas humanas, que con todos los adelantos de la ciencia, sólo se emplearán en cosas útiles, dejando de emplearse en todo lo inútil ó superfluo, que el régimen capitalista tiene estatuído ó sostiene, con el número de brazos que á la legión de productores aportarán los hombres hoy ocupados en cosas inútiles, que con el régimen comunista-anárquico no existirán por no tener razón de existir, como son los que componen el ejército, la magistratura, el clero, la policía, la servidumbre, los excedentes del comercio, y así sucesivamente, cuantos en el Estado autoritario nada producen, incluso en ellos, todos los encargados ó empleados de su dirección, desde el portero del más modesto departamento de ese Estado hasta los más altos magnates. Con todos estos hombres, unidos á los que hoy llevan la pesada carga de con su trabajo sostener necesidades y vicios de la sociedad actual, el trabajo dejará de ser una carga, para ser una cosa natural, una necesidad del cuerpo ó fisiológica, un recreo.

Los trabajos antihigiénicos ó repugnantes, la Ciencia, cuando no sea patrimonio de una minoría, cuando esté al alcance de todos ó sea para todos, se encargará de hacerlos higiénicos y adaptables, con lo cual no serán trabajos de excepción.

Aunque no es probable, pudiera darse el caso de que tal ó cual trabajo, por cualquier causa, nadie lo quisiera ejecutar, y que este trabajo fuera de necesidad hacerle. En este caso, los más perfectos, esa minoría que implante el comunismo, dando ejemplo los ejecutará. Esto sólo puede ocurrir mientras la humanidad sea imperfecta ó inculta; después, con una humanidad que conozca sus derechos y sus deberes no se dará ese caso jamás.

Así puede organizarse el comunismo en los actuales tiempos de imperfección, y aunque en